

DISCURSO DE ACEPTACIÓN DEL DOCTORADO *HONORIS CAUSA*
OTORGADO POR LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA AL
ESCRITOR COSTARRICENSE QUINCE DUNCAN MOODIE

*“Permítanme reconocer el valor que tiene para mí,
este galardón que me otorga la Universidad de
Costa Rica. He recibido honores semejantes otrora,
pero esta excede a todos los anteriores, los cuáles
agradezco y llevo con orgullo.”*

Una identidad ética y estéticamente una y diversa

Amables concurrentes, la lucha por los Derechos Humanos, pasa por el derecho a la identidad que corresponde a cada pueblo, y sin embargo, ese derecho está mediatizado hoy por el proceso llamado globalización. Término equívoco, por cierto, que define a la vez la dinámica estructural de la revolución tecnológica actual, los esfuerzos de ciertos grupos por imponer al mundo la ideología neoliberal, y el descubrimiento que la humanidad hace de sí misma gracias a que la tecnología de la comunicación ha puesto a su alcance el conocimiento de su propia diversidad.

En este contexto, no hay que perder de vista que la identidad de cada pueblo, se va construyendo a través del tiempo, vale decir, por medio de los procesos históricos. Esa identidad puede ser impuesta por una entidad externa, que la define y dicta, y por esa vía, suprime los atributos autóctonos e imponga nuevas formas de pensar y de ser.

Y es que en esta América nuestra, fuerzas externas, coloniales, avasallando la multietnicidad de nuestros espacios, impusieron una visión de mundo consecuente con los intereses imperiales, legándonos

valores que hemos en gran medida asumido como superiores, como la verdadera cultura. Aún pervive entre nosotros la contundente postura de Juan Bautista Alberdi (1810-1884), uno de los principales teóricos latinoamericanos de la fase de construcción de los Estados Nacionales, para quien “En América todo lo que no es europeo es bárbaro”. Y pervive también en nuestro imaginario la voz de Sarmiento: “Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces, aún por medio de la compulsión para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados han producido”. (Sarmiento, Facundo, ed. cubana, 1982). Y hacia finales del Siglo XIX el periódico chileno El Mercurio, celebraba la invasión francesa a México, porque según su visión, “Hay americanos de raza indígena, americanos de raza africana y americanos de raza europea. Fueron los últimos los que fundaron la civilización en América. Los indios y los africanos la rechazaron siempre y por sus instintos bárbaros obstaculizaron los esfuerzos de la raza blanca para imponerla. (El Mercurio, 7.8.1863. Citado por Fernández Retamar, en Casa de las Américas, No. 102, p.44).

Los criollos, integrados por una minoría europea y una mayoría indomestiza o afro-mestiza o “todos mezclados” idealizaban a una Europa imaginada, sin correspondencia en la realidad y a la vez ponderaban una América degradada.

El fraile Ginés de Sepúlveda (1490-1573), un español que nace, crece y se educa en plena polémica sobre el origen de los indígenas de América, lanzó una bomba. Sepúlveda era un hombre de estudios y de altos cargos, que sirvió incluso en la Corte del Papa Clemente VII. Sin haber estado

nunca en América, inaugura el *fake news* sobre los indígenas, lanzando la doctrina que se conoce como *Democrates secundus, o de las justas causas de la guerra contra los indios*. Según él los españoles tenían el derecho y la obligación de someter a los indígenas, por su propio bien. Esto porque dicha población era esclava natural, caníbal, incapaz de gobernarse por sí misma.

Esta idea originaria, fue replicada una y otra vez a lo largo de nuestra historia. Fiel a Sepúlveda, Luis Demetrio Tinoco, ex ministro educación de Costa Rica, y ministro fundador de la Universidad de Costa Rica, sostuvo que las culturas originarias no tenían nada digno de mencionarse. Por lo contrario, resaltaba “la obra excelsa (de España) de liberar al indígena de su más agobiante trabajo: el de llevar sobre sus hombros fuertes y sus pies descalzos como si fuera bestia de carga, todos los productos de la tierra, todos los materiales requeridos para la construcción de los grandes y pequeños templos de sus divinidades diabólicas¹”.

Les asigna la condición de infantilismo crónico a los indígenas y asegura que son incapaces de gobernarse a sí mismos. Pero la capital del Imperio Azteca, Tenochtitlan, era en los tiempos del Fraile Sepúlveda una de las ciudades más grandes del mundo abarcando más de 13 kilómetros cuadrados, superando en población a las principales ciudades europeas, tales como Constantinopla, París o Venecia. Y los mayas habían descubierto el cero, concepto que no existía para el Fraile y los Incas habían construido la ciudad sagrada de Machu Pichu ese gran monumento a la cultura universal. Es incuestionable que los aztecas

1

La Nación de Costa Rica, noviembre de 1985

practicaban sacrificios humanos en sus rituales, hecho por el cual eran odiados por los pueblos sometidos por ellos. Pero en la realidad alterna del Fraile Sepúlveda y la réplica acrítica de Tinoco, solo existe la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Es que, contemporáneo a las postulaciones del Fraile, Europa adoraba a su Dios quemando brujas y herejes; y practicaba la tortura y muerte por medio de la Santa Inquisición, prácticas que fueron replicadas también por los cristianos protestantes de varios países europeos.

A partir de *fake news* como la de Sepúlveda, vemos cómo se va construyendo la identidad costarricense a contrapelo de la realidad multiétnica de la nuestra población. En 1782 en Esparza de cada 100 habitantes, 56 eran personas consideradas mulatas o negras, mientras que los mestizos eran 30 y solo 14 se consideraba española (blanca). En Alajuela en 1793, de cada 100, 13 eran mulatos, 76 mestizos, y 11 eran españoles (blancos). En Cartago también hubo una importante población afrodescendiente. Allí sigue en pie una Cruz de Caravaca que se utilizaba para marcar la división entre la población "española" y la de los llamados "pardos". Tal como lo señala el Obispo Morel de Santa Cruz, que estuvo allí en el año 1751, "El barrio de los Ángeles [Cartago] es de mulatos. Por esta tacha los vecinos de Cartago los han segregado de la ciudad, poniéndose por lindero una cruz de Caravaca" Y en 1744 el Gobernador de Costa Rica, Ingeniero Luis Díaz Navarro informaba lo siguiente: "Hay en la ciudad (Cartago) muchos españoles europeos y de la tierra, y muchos mulatos, y negros. Y en los Valles (Valle Central) hay de estos muchos". Y sobre el 'Pacífico Central y Norte: "En este territorio (Esparza, Bagaces, Nicoya) hay varias casillas de paja llamados hatos, en donde se

cría algún ganado vacuno, caballar y mular; todos los habitantes son mulatos.”

No en vano hay un cerro y un río de Abangares que se denominan Congo; y que Pangola sea un barrio de la ciudad de Nicoya. Tampoco debe extrañarnos que Cananga, siendo un barrio de la ciudad de Nicoya, tenga una Cananga hermana en la República Democrática del Congo y ni qué hablar de las tres Matinas, guanacasteca la una, limonense la otra y su hermana mayor, un poblado de Mozambique.

Finalmente, a principio del siglo XIX pocos años antes de la independencia de nuestro país, otro obispo, Monseñor Thiel calculó que la población total de Costa Rica era de 52.591 habitantes. De toda esa gente, de cada 100, 17 era considerada mulata, apenas había 1 considerado negro, 9 eran españoles o blancos y casi 16 eran indígenas. Pero lo destacable es que de cada 100, 58 eran mestizos. Pero esa parte de nuestra historia, de nuestra configuración como nación ha sido olvidada y excluida de nuestro imaginario.

Tras la independencia, la élite costarricense envió a sus hijos a estudiar a Europa y se declararon nación blanca y realizaron ingentes esfuerzos por atraer población blanca, porque “poblar es civilizar”. Y civilizar es europeizar.

Construyeron una imagen de sí mismo, consecuente con el racismo doctrinario latinoamericano. En esa línea, José Guerrero, director de la oficina de Censos resumía el pensamiento de los políticos e intelectuales de la época de la siguiente forma:

“...la población de Costa Rica ofrece un alto porcentaje de raza blanca.....de blancos puros y por otros habitantes en los cuales la

proporción de sangre blanca es bastante alta. Se atribuye con razón, a la homogeneidad de la raza de los costarricenses, en gran parte, las condiciones de orden social y político que han prevalecido en nuestro país y que nos han brindado hábitos de paz y trabajo, tradicionales de nuestro pueblo”²

Es decir, el orden social y político, los hábitos de trabajo y paz, son atributos de homogeneidad que dan los genes blancos.

En la construcción de su identidad, las élites costarricenses, al igual que sus hermanos latinoamericanos, rechazaron la diversidad etno-racial (etnofobia) y se dedicaron con devoción a ocultar las diferencias. Promovieron el desprecio de las culturas indígenas, alegando que atentaban en contra la unidad de la Nación. En su locura por asumir la identidad europea, por lograr el reconocimiento de París y Londres como civilizados y blancos, llevaron a cabo guerras de exterminio con muchas poblaciones indígenas y negras y las maginaron o invisibilizaron. Finalmente, cayendo en su propia trampa, entraron en la espiral de la endofobia, es decir, llegaron a devaluar a sus propios pueblos y por tanto a minimizar o despreciarse a sí mismos.

Hay que reconocer que los próceres de la independencia estaban conscientes del carácter multiétnico y pluricultural del pueblo latinoamericano; muchos de ellos mismos eran producto del intenso

2

Censo de Población de Costa Rica, 11 de mayo de 1927, recogido por Lara Putnam, en “Beneficiencia, pobreza y racismo en Costa Rica, 1920-1960”. Centro de investigaciones históricas de América Central, Universidad de Costa Rica 2000

mestizaje que conformaban esas naciones nuevas. En tal sentido, resulta oportuno acá, citar el discurso de Simón Bolívar en el Congreso de Angostura. Decía el Libertador, que la nación a crear era una mezcla de África y América, puesto que los propios españoles tenían sangre africana.

“El europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reto de la mayor trascendencia” (Simón Bolívar, Congreso de Angostura).

Esta idea estuvo también presente en Centro América. De hecho, las naciones del istmo al abolir la esclavitud en 1824, como un acto del congreso de la República Federal de Centro América, levantaron las promesas de igualdad. Convocaron a formar parte del proceso de la constituyente a los llamados hijos de África, dándoles derechos ciudadanos.

Sin embargo, apenas estaba pasando el entusiasmo de la independencia, cuando las élites latinoamericanas decidieron crear estas naciones blancas. Así vemos que el diplomático costarricense Manuel María Peralta, ya en 1868, publicó un artículo en *Le Globe* de París, describiendo a la población costarricense. Según don Manuel María, la población costarricense era de unos 165,000, De estas personas, 141,000 eran blancas civilizadas, católicas; 7,000 personas mulatas católicas; 3,000 personas indígenas católicas semi-civilizadas y 10,000 indígenas idólatras, salvajes. Según el diplomático el 12% de la población era mulata. Entonces luego de ser solo el 10%, la población blanca pasó a ser

80% en unos 70 años. O sea, hubo blanqueamiento por decreto. Vemos así que en Costa Rica como en el resto de América Latina, la propuesta de una nación cohesionada, sin esclavitud y sin castas, devino en un sueño irrealizable.

De modo que bien pronto, la identidad impuesta por las potencias coloniales, pasó a ser identidad asumida por los constructores de la Nueva América, absorbiendo al racismo doctrinario europeo de buena gana. Pasó a ser el pretexto perfecto para justificar la incapacidad de las élites de crear estados gobernables y prósperos.

Pronto tendríamos a nuestros poetas latinoamericanos cantando loas a Francia, la Madre Patria que se inventaron: la voz poética de Ventura García Calderón se solazaba en su canto a París: “A ejemplo de tus parques civilizados que obedecen a una oculta geometría, quiero mondar cada mañana el alma bárbara” (*Cantilenas 17*, citado por Schwartz, 1999: 15). La voz modernista por excelencia, la de Rubén Darío: pregonaba que “París todo lo recibe y todo lo embellece cual con el mágico influjo de un imperio secreto” (*Peregrinaciones*, Citado por Schwartz, 1999: 11). Y el “socialista” y psiquiatra José Ingenieros, afirmaba lapidariamente:

"Los hombres de raza de color no deberán ser política y jurídicamente nuestros iguales; son ineptos para el ejercicio de la capacidad civil y no deberían considerarse personas en el concepto jurídico ("Las razas inferiores", 1906).

La enajenación por la cultura europea, la negación de la cultura diversa, ha conducido en buena medida a rechazar lo propio. Y así, los latinoamericanos hemos construido los cánones de nuestra ética y de nuestra estética, como una copia a veces muy deficitaria de la Europa

imaginada. Desde nuestra eurofilia –alienación por lo europeo; desde nuestra etnofobia –rechazo a nuestra diversidad; desde nuestra endofobia –minusvaloración y negación de nuestra herencia propia, de nuestras identidades reales, vemos el mundo de manera sesgada.

La niña es alabada por su padre porque salió con “facciones finas”, vale decir europeas; y la otra tiene “pelo malo”, es decir africano o indígena; la palidez de la piel trocó en virtud, y los chinos de 70 años siguen siendo “chinitos”, es decir, jamás alcanzan la mayoría de edad; y tenemos a los afrodescendientes que reniegan de su herencia negra, y los descendientes de indígenas que califican a sus ancestros de salvajes, y tenemos mestizos que se auto proclaman blancos, caucásicos puros y como no, hay mujeres nuestras que son bellas o inteligentes “a pesar de...” y hay intelectuales que hacen antologías e historias de la literatura centroamericana sin mencionar ni uno solo de los escritores afrodescendientes.

Hoy estamos en una tremenda dicotomía existencial. Y como si no bastase, nos enfrentamos al proceso de globalización. La lucha dicotómica de nuestros pueblos es por una parte, cómo participar como constructores de la nueva civilización, siendo críticos de lo que somos sin ser víctimas de una novedosa visión imperial que efectivamente imponga otra vez una cultura global sesgada.

Y es muy evidente que esta nueva ideología neoliberal de la globalización no solo trata por todos los medios por minimizar nuestra diversidad identitaria, sino que trata de instrumentalizarla. Por una parte, los ideólogos se han percatado de que esa diversidad no va a desaparecer fácilmente, y por otra, han tomado consciencia del valor económico de

instrumentar esa diversidad. Antes eran los antropólogos quienes luchaban para defender el derecho de los pueblos de conservar su propia cultura y su propia forma de vida, para poder tener dónde realizar sus estudios culturales. Igualmente los predicadores necesitaban esas reminiscencias de culturas ancestrales, para tener dónde evangelizar. Hoy en día, los empresarios adláteres de la globalización en su versión neoliberal, con las nuevas capacidades tecnológicas a su alcance, aprovechan esas culturas que resisten y esas culturas de las reminiscencias para apropiarse de su medicina, de sus saberes ancestrales y sí, de su arte para apuntalar sus empresas turísticas a cambio de migajas. Vienen y se meten a Talamanca, a lomo incluso de nuestras instituciones, y salen de allí con una planta y se van y descubren el principio activo de la planta y la patentizan y Talamanca es cada vez más pobre.

Pero es innegable nuestra multiétnicidad y pluriculturalidad. Es decir, nuestra identidad es y debe entenderse, como diversidad, una diversidad que es riqueza. En ese contexto, reivindicamos la posibilidad de una estética de la diversidad en la construcción de los nuevos paradigmas que surge en el contexto de la globalización. ¿Será posible una ética y una estética plural, multiétnica que sea a la vez una y diversa?

Porque tanto la ética como la estética son formas de manifestar el mundo, a partir de la particular espiritualidad de cada grupo cultural y a partir de la identidad de cada quien. Espiritualidad, digo, esa dimensión intangible que es a la vez la aspiración a la justicia, el sueño de equidad, la utopía de la igualdad ante la ley y que es también creatividad, juego y arte, expresión de lo que somos. Sospecho que la estética, esa manifestación

del espíritu humano, es la fuerza más poderosa del universo. Pero reconozco que pasa por el tamiz de la historia, de las experiencias históricas. De modo que, el punto es que en el contexto globalizante en que nos encontramos, el reto es recuperar la noción de que la estética es, sin duda, expresión lúdica, creatividad total, responsabilidad plena por lo creado, el juego como desafío, porque después de todo, el ser humano por definición es adicto al juego. Siempre está en busca de una entretención, de un reto, de un desafío.

En la creación de nuestras nuevas identidades o la preservación de lo que somos, juega un papel importante la ética y la estética. De ahí que mis 50 años de creación literaria, están entrelazados con 50 años de lucha por los Derechos Humanos. Para mí es una única lucha. El derecho a construirnos nuestras identidades diversas, implica la creación de una ética que reconozca la diversidad y una estética que lo acompaña.

En el plano de la ética, postulo una escala de convivencia basada en cuatro peldaños. La meta es la comprensión y el aprecio de la otredad. En esa escala, el primer paso es la tolerancia. Pero la tolerancia es limitada. El que tiene el poder tolera al débil. La adhesión a los Derechos Humanos implica implementar un nuevo paradigma que logre el siguiente peldaño, el del respeto mutuo entre los grupos diversos que componen el todo nacional y entre los ciudadanos que habitan el territorio. El respeto implica conceder al otro la misma dignidad que me concedo a mí mismo, reconociéndolo como mi par, así comparta o no su cultura o sus ideas. Pero más allá del respeto, visualizamos el peldaño superior: el de la comprensión mutua, vale decir, entender el porqué del otro, de la otra, de la otredad. Pero esa comprensión solo se puede lograr pasando por el

peldaño del conocimiento. No es posible comprender aquello que no conocemos. Realmente es pura falacia eso de que sea posible amar lo desconocido.

Amables escuchas, el arte en general y la literatura en particular, es una de las más sublimes manifestaciones de la estética y, en mi caso, la estética se comprende como un instrumento de lucha. Algunos conciben el arte como objetos culturales para los museos o mercancía que se colecciona y guarda como una inversión. Y sé que también existe el escritor snob que trata de vendernos el cuento del arte por el arte, del arte sin mensaje. Pero la realidad es que la literatura contribuye a la creación del futuro. Julio Verne nos hizo ver submarinos y viajes a la luna cuando en el devenir histórico esto era una fantasía irrealizable y vimos los celulares en manos del Capitán Kirk y de Spock cuando aún estábamos asimilando al fax como la punta de la tecnología de las comunicaciones. Yo prefiero creer que mi arte, mi literatura, es un instrumento eficaz para promover el cambio. Es que un texto puede ayudar a sistematizar las ideas de un grupo, dándole coherencia. Al decir de Noël Salomón: “Los que leen un libro se estremecen de placer al hallar expresado en una lengua perfecta las ideas tan queridas que acariciaban en silencio”. Y como no, el libro puede también ser una interpretación intuitiva o racional de fenómenos naturales, de hechos sociales, de experiencias emotivas, en tanto, como lo señala Lucien Goldmann, “permite a los miembros del grupo tomar consciencia de lo que pensaban, sentían o hacían, sin saber, objetivamente, su significación”. Y en tal sentido, insisto, se conforma como uno de los elementos constitutivos de la consciencia colectiva, y nos ayuda a esculpir nuestra propia identidad individual o colectiva.

Durante estos 50 años, hemos navegado en la paradoja de querer superar las limitaciones de los códigos estéticos europeos, para definir nuestro propio arte, siendo como somos también producto de esos códigos. Lo señala de manera magistral el poeta afrorrealista cubano Nicolás Guillén:

Sombras que sólo yo veo,
me escoltan mis dos abuelos.
Lanza con punta de hueso,
tambor de cuero y madera:
mi abuelo negro.
Gorguera en el cuello ancho,
gris armadura guerrera:
mi abuelo blanco.

(Fragmento Tomado de **West Indies Ltd.**)

Y encontramos a estos abuelos y abuelas fusionadas en la también afrorrealista Nancy Morejón:

“Amo a mi amo pero todas las noches
cuando atravieso la vereda florida hacia el cañaveral
donde a hurtadillas hemos hecho el amor
me veo cuchillo en mano, desollándolo como a una res sin culpa”.

(Fragmento del poema La mujer negra),

Yo miro al mundo desde esa diversidad mestiza, genética y cultural, renunciando a seguir promoviendo la particular visión eurocéntrica, que emana de las potencias que nos conquistaron. Quiero recuperar la estética ancestral y construir una propia de nuestros tiempos.

Estoy convencido de que nos encaminamos a la construcción de una nueva civilización, sin guerra, sin racismo. Y en ese camino es preciso superar nuestra herencia histórica alienante, nuestra identidad asumida.

Es preciso también adoptar una nueva ética que trascienda el nivel de la simple tolerancia de lo diverso, para adoptar el respeto por las particularidades de los pueblos y una mayor participación desde las bases.

La situación en este momento puede parecer caótica, contradictoria; lleno de esquemas que renuncian al arquetipo pero recurren a la memoria histórica para sublimarla. Es vedad que en el contexto actual, el consumidor de literatura es un consumidor muy diverso y en mayor parte acrítico. Le da lo mismo Benedetti que llenaba de jóvenes los teatros europeos para escuchar sus recitales, que Harry Potter. Hoy el consumidor consume lo efímero, “efimeriza” lo arquetípico y le importa un bledo el código estético. Tanto será el valor de Picasso que las cuatro líneas que alguien puso en su perfil de Facebook. Estos mismos consumidores se convierten en formadores de opinión en las redes sociales, opinan y son escuchados al igual que el ministro y el presidente, el barrendero y el artista, el sabio y el idiota; todos en un mismo nivel y por cierto, con los mismos barbarismos ortográficos y campeones de los *fake news*.

Hoy las escalas que se aplican no son de un valor, ni de dos valores, sino múltiples y caóticos valores, donde las cosas son interesantes, por ser mutilación corporal, por sus rasgos sensacionalistas, por su capacidad de estremecer al consumidor. Este consumidor imprevisible que es capaz de entusiasmarse por todo y por nada.

En esta trama de la globalización, ante la exclusión institucionalizada de tanta gente; ante la invisibilización histórica de pueblos y comunidades nacional e internacionalmente; atados a las visiones estereotipadas de

nuestra condición humana; amarrados por los estigmas asociados a nuestro carácter; tanto tiempo presos en nuestra estética eurofílica, que no es nuestra; tantas jornadas rechazando toda posibilidad de la una estética alternativa por motivos etnofóbicos, y sí, víctimas de nuestra endofobia, que sataniza o minusvalora nuestra expresiones culturales, llevándonos a considerar el blanqueamiento físico y cultural como deseables; ciegos que miramos el arte en París y en Madrid y imaginamos la barbarie en Bogotá, en Antioquía, en Lima o en Amubre; ciegos nosotros, que no habíamos percatado que esa visión de nosotros mismos desde los ojos del otro, perjudica directamente a la nación, daña la realidad de lo que somos.

Pero amables concurrentes, me doy la bienvenida a la nueva era. La ética y la estética como expresiones de lo intangible en el ser humano, preñada sí de este momento histórico, sí, del encuentro y desencuentro de mil culturas. Creación de lo propio, lo tuyo, lo mío.

Me doy la bienvenida, a esta lucha por los derechos de los etnicidades de conservar y desarrollar su cultura, no como piezas de museo sino como realidades vivientes. Me doy la bienvenida a esta lucha por insertarnos con sello de Derechos Humanos en la naciente civilización tecnológica, sin perder nuestras identidades heredadas y sin perder nuestro derecho a construirla en el Siglo XXI: un esquema ético que acabe de una buena vez con la exclusión, con la invisibilización, con la negación de nuestra raíz; una ética que nos haga abandonar por siempre nuestras posturas eurofílicas, etnofóbicas, xenofóbicas y que nos lleve a la superación nuestra endofobia residual.

Les doy la bienvenida, a la construcción de una nueva estética que fomente el aprecio por la diversidad. Porque va siendo hora de eliminar la falsa idea de que la diversidad cultural atenta contra la unidad de la nación. Va siendo hora de reconocer las diversas manifestaciones de nuestras culturas no solo como nuestra, sino con el mismo valor que cualquier otra. La unidad de la nación debe superar la peregrina idea de una unidad fenotípica, y una uniformidad cultural, que no ha existido en nuestras naciones y no existirán jamás.

La Universidad de Costa Rica, con acciones como la creación de la Sede de Limón, la creación de la Cátedra de África y el Caribe, las investigaciones recientes, la serie documental “Construyendo nuestra nación” y como no, el otorgamiento de este doctorado, evidentemente intenta echar una mirada fresca desde una ética y una estética que supere nuestra alienación histórica.

Una visión nueva, que supera la del ministro fundador Tinoco. Una visión nueva que trascienda las ideas deterministas, la estupidez que nos hace pensar que hay culturas superiores e inferiores, lo cual lleva a los nacionales a aspirar a la apropiación de esa supuesta cultura superior, como la única forma de apropiarse de la condición de ser humano civilizado; un nuevo paradigma, que no etiquete a las lenguas autóctonas como dialectos, que no rotule a algunas personas como buenas solamente para el deporte, la danza y la cocina, pero no para las ciencias; que no los estigmatice como violentos, criminales o vagos y no los tome por discapacitados mentales porque estén aún en la ola pre-agrícola, que no postule que los niños negros rumian pensamientos más negros que su piel.

Una construcción nueva. Una entidad construida sobre una nueva ética: plasmado con **una estética una y diversa**. En el contexto de la globalización, porque no tenemos otro remedio. Pero una construcción nuestra, un nicho propio. A eso aspiramos, éticamente. Para eso luchamos, estéticamente.

Señor Rector, señores miembros del Consejo Universitario, me honra pues, aceptar esta presea, cuyo enorme valor no solo reside en el hecho de ser el máximo galardón que otorga la Universidad; sino que veo en ella un reconocimiento que confiere mi país, a la lucha por nuestra utopía de construir una identidad ética y estéticamente una y diversa. Esta distinción viene además por medio de una de las universidades más prestigiosas del mundo. Le ruego entonces, señor Rector, transmitir a la comunidad universitaria, que es en estos términos que lo recibo. Y es en esos términos que me honra.

Gracias.

Dr. Quince Duncan

Honoris Causa, Universidad de Costa Rica